

## El Papa Karol Wojtyla

Nos vamos a ocupar de un hombre que llegó a Obispo de Roma, Patriarca de Occidente y Sumo Pontífice de la Iglesia Católica cuando estaba terminando el siglo xx. Y nos vamos a ocupar de él en tanto en cuanto es *un hombre* al que le sucedió esto que acabamos de decir. Nos vamos a ocupar de su persona fundamentalmente, de su perfil existencial, de su biografía. Si se quiere, de lo que nos vamos a ocupar es de su intimidad en la medida en que ello sea posible.

La tarea tiene sus dificultades y sus riesgos. Es fácil relativamente el hacer una crónica de su calendario vital. No es muy difícil hablar de su pensamiento, de su concepción del mundo y de cómo ha ido desempeñando diferentes menesteres. Pero una biografía es otra cosa. La persona que sustenta la biografía es un misterio, es un símbolo cargado de intencionalidad, y es más difícil tratar de penetrarlo y de comunicar con palabras descriptivas su contenido y su destino. Otra dificultad que surge en este caso es que se trata de una biografía no concluida, es decir, una biografía de un hombre que está vivo, una biografía abierta y por ello más resistente a ser descrita. En fin, para mí se trata de una persona a la que no he visto en directo y que no he tratado. Lo de verla en directo sería lo de menos hoy, con los medios de comunicación. El inconveniente mayor es no haberla «tratado».

Cuando se hace tarea biográfica de una figura del pasado sucede lo mismo. No se la ha tratado. Existe entonces la distancia temporal, y hay que recurrir a las huellas que dejara. Así le pasa a fray Luis de León con Teresa de Avila, de la que dice: «Yo no conocí ni vi a la madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra, más agora, que vive en el cielo, la conozco y veo casi siempre en dos imágenes vivas que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros, que, a mi juicio, son también testigos fieles y mayores de toda excepción de su gran virtud.» Las imágenes en que veía fray Luis a Teresa eran sus libros y sus hijas, testigos de mayor excepción.

Al tratar de acercarnos a la persona, a la biografía de Karol Wojtyla, nos encontramos con el problema de no conocerlo en directo, pero con la

entusiasman y consuelan. Más tarde, en su visita de 1979 a su patria, el ya Papa dirá humorísticamente: «El octavo pecado capital de los polacos es cantar», porque no le dejaban dormir por la noche.

En las fiestas que son religiosas y ciudadanas, los habitantes de Wadowice cantaban en la Iglesia: «Oh Dios, tú que a Polonia...». Luego, en la fiesta ciudadana, entonaban el «Polonia todavía no está perdida». Detengámonos un momento en estas canciones que el niño y adolescente Karol oyó y cantó. En la Iglesia el pueblo se dirige al grande y único protector, que es Dios, protector de un pueblo, de una sociedad, de un grupo humano. En él pone su esperanza de una manera espontánea y unánimemente colectiva. Más tarde, como ciudadanos, cantan una canción que es un grito de esperanza en el peligro. Ser polaco, entre otras cosas, es «vivir en peligro». Así comienza la vida de Karol, entre la fe y el peligro, descubriendo la protección del más allá, de Dios. Es el medio divino que le tocó vivir. Pero atendamos al niño que va creciendo. Desde el principio Karol tiene una espontánea facilidad: elegir sus patrones de identificación con firmeza y constancia. Primero, su unión íntima con el padre, que le hace el desayuno y la cena y va con él a un comedor de la ciudad para la comida del mediodía. El segundo patrón de identificación es el capellán Figlewicz, que le despierta no sólo a la vida religiosa, sino al mundo de la lectura. Con esto continúa la obra iniciada por su padre; comienzan así los «años de aprendizaje». Lee mucho. Primero, dirigido e iniciado; luego, eligiendo por cuenta propia. Lee a los grandes poetas nacionales polacos y a los maestros de la prosa de la literatura universal.

Pero en la época del instituto, en la adolescencia de Karol, de pronto se levanta el telón. Aparece el teatro. La aparición del teatro en la vida de un joven es siempre un acontecimiento estelar. Ha sido Goethe el que no sólo ha formulado el modelo de biografía para europeos, sino que ha presentado lo que es la misión teatral en la juventud. A Karol le sucede esto: el descubrimiento, en tiempo oportuno, del misterio del teatro. Es la obra de su tercer patrón de identificación por él aceptado: el profesor Kotlarczik. Es no sólo profesor y organizador de fiestas, sino un artista y un pedagogo. Descubre a Karol y le descubre su «misión teatral».

Antes de detenernos en lo que el teatro significa en esta biografía será bueno recordar los ingredientes que ya ha descubierto el joven Karol. La patria y la religión, la lectura y las fiestas de su ciudad, el calor del padre y las figuras en que puede apoyar su ansia de ser y de vivir. Todo esto va tejiendo la trama de una vida rica, profunda y enraizada. Ahora, el teatro.

He dicho que el teatro «aparece», pero en rigor no es así, porque el teatro nunca aparece: el teatro «tiene lugar» o «acontece». Y ese acontecimiento es un misterio, no un simple hecho, que tiene su origen en el hontanar religioso. El origen del teatro, el origen de la tragedia, es religioso y musical. Desde el mismo momento en que Karol se encuentra con el teatro o, mejor dicho, se «encuentra en el teatro», se inicia un giro en su vida que le va a acompañar hasta el día de hoy.

El teatro para el joven Karol es una explosión de expresividad, es una misión, es un destino. Encarnando grandes personajes se puede proclamar la verdad, la bondad y la belleza, se puede hacer que los demás sean mejores y elevarlos a un mundo ideal y, así, purificados y ennoblecidos, invitarlos efectivamente a la responsabilidad de patriotas. Los comienzos en Wadowice serán proseguidos en Cracovia, donde se produce la gran crisis y la gran maduración en el joven Karol.

Llega a Cracovia con su padre el año 1938, y ya sabe lo que es el arte de la locución, el misterio de la palabra, de la comunicación. Por eso, después de haber aprobado sus estudios medios con brillantez, está destinado fatalmente a estudiar en la Universidad lengua y literatura polacas.

Cracovia es la segunda ciudad en esta vida que va desarrollándose. Cracovia es una ciudad de las más venerables de Europa. Iglesias e industria, centros culturales y políticos, capitalismo y socialismo, un pasado esplendoroso y una Universidad de las más antiguas de Europa. Hay una colina, Wawel, donde está el Palacio Real, la historia antigua de Polonia, que fue reino, Gran Ducado y República, que fue todo y nada. Que fue alegría y esperanza, dolor y decadencia política, pero nunca disolución espiritual. También está allí la catedral, con su campana legendaria, que suena para las alegrías y para las tristezas. Es fácil y lícito suponer que el joven Karol vive la nueva, para él, ciudad de modo especial. El ha representado la historia de Polonia en el teatro, él ha leído la historia y ahora «ve» el escenario.

Aquí encuentra de nuevo a Figlewicz, que había sido trasladado de Wadowice a Cracovia. Le enseña la catedral. La vida de Cracovia, en aquel tiempo de vísperas de drama, es riquísima, multicolor, de gran densidad cultural. Es una ciudad centroeuropea que mira al Occidente y al Oriente. Cultura francesa, cultura eslava, apertura a los cuatro puntos cardinales dentro de un ambiente recoleto de la hoy ciudad de provincia.

En Cracovia hay una Universidad, o casi se podría decir que es una Universidad-ciudad, como lo fueron Bolonia, Salamanca, Gotinga o Heidelberg. Es la Universidad de Jagellon, fundada por Casimiro, de la dinastía jagellónica. Aquí, en estas aulas, estudió Copérnico. Karol encuentra otra raíz que va a sustentar el árbol de su vida.

El joven que llega a Cracovia ya ha recorrido bastante camino. Ha descubierto y vivido el mundo interior silencioso de la infancia con sus sueños y sus sombras. Ha descubierto el mundo objetivo del espíritu en la cultura leyendo y estudiando. Ha descubierto el mundo religioso rezando y ejerciendo su fe en el servicio del altar como monaguillo constante y fervoroso. Ahora en Cracovia va a tener lugar un segundo acto, que para constituirse en tal segundo acto exige un nudo dramático y de tensión. Este nudo dramático y tenso va a tener lugar en circunstancias especiales, aunque no son las circunstancias lo decisivo en una biografía. El drama de la vida de Karol sigue su curso en una profundidad mucho mayor que las mismas circunstancias externas.

Dos encuentros y otros reencuentros determinan el «intermedio» del año que va de 1938 al 39 o, quizá, al 40. En Cracovia hay un príncipe arzobispo que se llama Adam Sapieha, que, consciente o inconscientemente, se convierte en nuevo patrón de identificación. Es la figura del padre, del maestro y del pastor. Quede ahí para reencontrárnoslo más tarde. En Cracovia está también una figura interesante y curiosa, que es Jan Tyranowski. Y en Cracovia, por fin, se reencuentra con su antiguo maestro de arte dramático, Kotlarczyk.

El año de estudios universitarios es muy importante. Karol adquiere una visión más amplia de Polonia, de lo que se ha hecho en los veinte años aproximadamente de independencia. Se da cuenta de la diversidad de los polacos de las tres regiones en que había estado dividido el país: prusiana, rusa y austríaca. Entonces surge en él la convicción del poder de la aldea y de la vida del espíritu, que transforman la existencia y pueden configurar a un pueblo.

Mantiene relación asidua con el capellán Figlewicz, y todos los primeros viernes se confiesa con él. Entra en el ambiente cultural de la ciudad, y reaparece el teatro. Y en este momento, en el que iban a fraguarse cosas muy importantes, tiene lugar la ocupación de Polonia por los ejércitos alemán y soviético. Es el cuarto reparto de Polonia. Pero el hilo interior de una biografía sellada con un sentido no se interrumpe.

En medio de la ocupación y de los peligros, Karol no abandona la idea que le había traído a Cracovia. Encuentra un lugar cultural en casa de unos amigos y allí sigue la lectura, el recitado de poesías y el cultivo de la música. La vida religiosa permanece inmutable. También necesita trabajar; se coloca en la fábrica de Solvay. En medio del trabajo, que no es leve, sigue leyendo, y vive la inseguridad y el peligro. En 1941 muere su padre. Muere el que hizo de padre y madre y le deja como testamento vivo la educación, que ha sido profunda y bella.

Y ahora empieza el punto crítico del segundo acto de esta vida, que tiene la ocupación extranjera y el peligro como telón de fondo. Los jóvenes, que están dispersos en distintas ocupaciones, que no pueden estudiar oficialmente, tienen un vínculo inalterable: la formación y la vida religiosa. Jan Tyranowski es un hombre que agrupa en torno a sí a diversos grupos de jóvenes. Es una Acción Católica clandestina, es un apostolado en circunstancias difíciles. Con formas y ademanes pasados de moda, este hombre curioso fomenta la formación espiritual de los que a él se acercan en estrecha colaboración con los sacerdotes. La fe de joven —ya casi hombre hecho— de Karol debe su maduración en gran parte a la influencia y magisterio de Jan Tyranowski.

Hay un momento en la maduración de la fe en que todo es visto y vivido a la luz de la «verdad y del orden». Es una experiencia única en la evolución de un cristiano de nacimiento. Es algo distinto, aunque también parecido, al momento estelar de la conversión desde la no fe. Cuando un creyente desde la infancia alcanza esta «verdad y orden», llega a una deci-

siva madurez. Esto es lo que le ocurrió a Karol en contacto con Jan Tyranowski. Entró de lleno en la mediación transparente del Misterio de la Revelación. Es el gran acto de profundización de la fe infantil. No se trata, repito, de una conversión. Se trata de un avance, de una síntesis en que todo lo anterior adquiere mayor elocuencia. Ha encontrado a un maestro (al que superará y corregirá), pero que acepta y aprovecha al máximo. Jan Tyranowski le da a leer el famoso, en aquellos tiempos, Tanqueray. Es un libro clásico, aparentemente seco y árido, pero que en manos y ojos apasionados se convierte en la apertura de un inmenso horizonte. Es de los primeros libros que en aquel entonces presentan toda la revelación en lengua vulgar.

Luego vienen otras conversaciones y lecturas, y aparecen Santa Teresa y San Juan de la Cruz. La suerte estaba echada. La gran experiencia de la oración personal, del abismo de Dios, del diálogo con él, cubren este «intermedio» y preparan para seguir adelante. Karol se convierte en un hombre de oración. Ha entrado a experimentar la meditación, la contemplación, la oración ininterrumpida. El rosario le acompaña, las horas largas de rodillas en cualquier iglesia son las mediaciones que descubre y ejercita.

En medio de una ciudad ocupada, llena de opresión y de odio, hay un mundo distinto de normalidad, de paz, de amor y de esperanza. Son los pequeños grupos de jóvenes creyentes, de uno de los cuales pronto será dirigente.

Comienza un nuevo aspecto de la vida de Karol: el de la irradiación. Es buscado, es querido, dirige, aconseja, acompaña. Pero, sobre todo, reza.

Y mientras tanto, al compás de esta íntima evolución interior, el teatro sigue, y de aquellos ensayos de Wadowice nos encontramos ahora con toda una mística de la «misión teatral». El teatro es la expresión de la salvación, del enaltecimiento humano y espiritual de los hombres que se arrastran por el polvo y la desesperación. El teatro es entendido —y muy rectamente, por cierto— como el sacerdocio del arte catártico y soteriológico. La palabra pronunciada en escena es sagrada para el que la pronuncia y mágica para el que la escucha. Los espectadores se convierten en actores al ser transformados por ese misterio que se llama teatro.

En los momentos más duros, en medio de las persecuciones más atroces, hasta en los campos de concentración y de exterminio, ha habido hombres y mujeres que se salvaron del hundimiento y de la desesperación gracias a un cuento, a un mito, a una poesía. Ese gran valor de la palabra, de la representación, lo vive Karol hasta el máximo. Pero, al vivir esta fuerza salvadora del teatro, se encuentra en un dilema y sobreviene una gran crisis.

Sus dos patrones de identificación, Kotlarczyk y Tyranowski, entran en conflicto. Se trata del sacerdocio del teatro o del sacerdocio de la Iglesia. En este conflicto, que estalla en forma de pregunta y de búsqueda, intervienen los compañeros. Un juego de fuerzas se desencadena. Por un lado, todas las condiciones de gran actor y director nato: el talante, la voz, la

actitud. Por otro lado, ahí está una pregunta y un ejemplo: el sacerdote de la Iglesia. Los que conoce y los que no conoce; los ejemplares y los que no lo son tanto. Y es curioso que le inclinen más al sacerdocio de la Iglesia los que no son ejemplares, porque ve en ellos un grito de llamada para ocupar un puesto vacío o escasamente ocupado.

Por fin llega la decisión. Aunque los seminarios están cerrados, aunque las dificultades son muchas, Karol quiere ser sacerdote de la Iglesia. El príncipe arzobispo Sapieha le recibe y le orienta para que empiece los estudios a la vez que, de momento, sigue trabajando. Pero pronto la situación se hace más difícil y Karol ingresa en el seminario clandestino que el arzobispo ha organizado en su propio palacio al margen de todas las disposiciones vigentes.

La experiencia del seminario, el acontecimiento del fin de la guerra y la primera estancia en la Universidad llenan su vida hasta ser ordenado sacerdote el primero de noviembre de 1946. Inmediatamente es enviado a Roma. Así empiezan los años de viaje, que siguen siendo también de aprendizaje.

En Roma tiene experiencias muy importantes. Estudia en el Angelicum y conoce directamente al padre Garrigou-Lagrange, que le dirige sus estudios sobre la fe en San Juan de la Cruz. Conoce también a los estudiantes de los países occidentales y de todo el mundo y se van planteando las grandes preguntas vocacionales: ¿Qué es ser sacerdote en este mundo tan conmovido de posguerra? Esta pregunta alcanza su tensión máxima en su viaje a Francia, donde acaba de aparecer el famoso libro *Francia, ¿país de misión?* También le plantea cuestiones decisivas su visita a Bélgica, donde conoce u oye hablar de monseñor Cardijn, cabeza del movimiento católico obrero.

Termina sus estudios en Roma en dos años y vuelve a Polonia, donde se desempeña como coadjutor en Niegowic, un pueblo, y luego en San Florián, en Cracovia (1949), desde donde pasa a ser, en 1951, de nuevo doctor, pues hace una nueva tesis sobre Max Scheler. En 1954 se convierte en profesor en la Universidad de Lublin. En 1958 es nombrado obispo auxiliar de Cracovia. Participa en el Concilio y es nombrado cardenal en 1967. Y en 1978 es elegido Sumo Pontífice.

Para tratar las líneas de una biografía como ésta no cabe duda de que lo más importante y, por otra parte, lo más difícil, por la falta de datos, es el arranque y las fases críticas. Hay que intentar descubrir a un Karol Wojtyla «desde dentro», y por ello los acontecimientos más visibles, como los de la segunda mitad de su vida, son los más fáciles y patentes, y además, y esto hay que subrayarlo, consecuencia de los primeros datos más difíciles.

En la segunda mitad de su vida hay una «publicidad» que está al alcance de todos y que no es necesario «contar», pero sí es necesario interpretarla a la luz de los acontecimientos primeros. Esta es la tarea que ahora vamos a acometer.

Varios son los puntos o los hilos conductores de esta vida. A mí se me alcanzan los siguientes, sabiendo que tengo escasos datos, por un lado, y que las enumeraciones son siempre simplificaciones:

1) En primer lugar hay que hablar de lo que significó aquella vocación teatral que se llega a designar como «sacerdocio del teatro» por algún amigo suyo.

2) El descubrimiento de la oración en soledad, llegando a la experiencia contemplativa, y, en este contexto, el descubrimiento y decisión sacerdotal, que a veces, parece ser, se inclinó por la vida monacal.

3) El cultivo intelectual, que primero incide en la mística española y luego en la fenomenología alemana, especialmente representada por Max Scheler.

4) La actitud constante de un hombre que se mueve en un ambiente como el de la Polonia ocupada y la Polonia bajo un sistema socialista, separada en tantos aspectos del resto del mundo.

5) Las características personales psicológicas, que le llevan, habiendo experimentado el Concilio, a presentar tras el pontificado de Pablo VI un modo de hacer distinto que sólo se explica desde su intimidad. En ésta su intimidad irradiada de modo universal es en la que ha de penetrar todo intento válido de biografía. Con otras palabras: el *animus* y el «ánima» de este hombre que irradiaba la figura desacreditada de padre, como valor decisivo en el momento actual.

1. ¿Qué significa en una vida apostólica, cristiana y, por fin, pontifical ese ingrediente juvenil de verdadera vocación teatral? Esta pregunta es cualquier cosa menos vana o superficial. Es todo lo que se quiera menos «curiosidad inútil».

El teatro, ya lo he apuntado antes, es explosión de expresividad y de proclamación. Es conmoción desde la interioridad irradiada a una comunidad expectante. El espectador no es sólo espectador que mira, es alguien que, expectando, está a la espera. Y lo que el expectante espera es nada menos que su salvación. Los que asistían a las representaciones en Wadowice, y sobre todo los que asistían en Cracovia, esperaban su salvación. Salvación del hambre, de las injusticias, de la ocupación, del peligro de la muerte. Tan es así que a veces esta representación es sólo para unos pocos que se pueden reunir. Pero algo más importante y significativo: lo esencial no es la representación ante un público; lo que forja al artista, al actor, es el ensayo, es el estudio, es la evolución interior de aquel que se identifica con su papel. Esto lo sabe muy bien todo artista. El acto de la representación es la consecuencia.

Yo me atrevo a ver desde el misterio del arte y desde el misterio del teatro (que es siempre drama religioso) las grandes actuaciones de Juan Pablo II como la consecuencia, sin más, de aquellas horas, de aquellos años de entusiasmo teatral. En el más noble sentido de la palabra, Karol Wojtyła «lo tiene todo ensayado».

Reconozco, por si hay alguien que se extraña o se escandaliza de lo que acabo de decir, que para entrever esto hace falta la famosa empatía, que es siempre un acto de amor, de comprensión en el amor, como la escuela fenomenológica, que nos encontraremos después, nos enseñará.

El teatro, en su origen, es expresión religiosa, es gesto y palabra que hacen presentes el hontanar del misterio. Una palabra y una actitud que transforma al que en ellas participa por la audición y la vista. Karol Wojtyła lo sabe muy bien, y desde su inconsciente, no desde el cálculo efectista, sino desde la profundidad del que tiene sed de salvar.

La plaza de San Pedro está llena hasta rebosar. La mañana del otoño romano, luminosa; la celebración transcurre según normas casi de apuntador y de pronto se pronuncia la palabra exacta, la que todo el mundo había ido a buscar sin saberlo, la que en el retiro y soledad del silencio brotó furtiva al principio e irresistible después. El reciente Juan Pablo II prorrumpe en un «¡No tengáis miedo!» que transforma a toda la multitud. Ha dicho lo que yo necesitaba oír, ha dicho lo que venía a buscar sin saberlo. Ha dicho lo que salva. Y ha dicho lo que salva porque, lo digo con todos los respetos que haya que guardar, nuestra vida, mi vida, no es dogmática. Mi vida es dramática. Desde el trance dramático es desde donde se salva. Desde aquel día, domingo 22 de octubre de 1978, nos sentimos dramáticamente salvados, no dogmáticamente instruidos.

Ahora podemos preguntarnos: ¿Qué sentido tuvo aquella afición teatral, aquellos ensayos en Cracovia, aquellas dudas entre el arte y el sacerdocio, etc.? En la mirada providencial de Dios todo tiene sentido y, a veces, no es dado el descubrirlo ya. Todo aquello preparaba ese dramático transformante «no tengáis miedo», en el que un hombre como cualquiera de nosotros arrastra y encarna el papel de Cristo, que dice en la tormenta: «No tengáis miedo, hombres de poca fe.» Pero esto hay que saberlo representar; esto hay que saberlo presenciar.

Desde el hontanar de la cultura europea y polaca, desde la gran tradición de poetas y músicos, desde una indomable Historia, suena bajo el cielo romano la palabra universal de salvación. Al oír ese «no tengáis miedo» hay una respuesta personal, dramática también, que no la habíamos preparado porque es una sorpresa. La respuesta reza así: «Este es un pontífice mío, porque habla desde mí mismo.» Este es un pontífice entrañable, más allá de los tópicos y las frases de conveniencia obsequiosa. Este no es un pontífice inspiradísimo e infalible. Este es el pontífice que yo necesito, un pontífice dramático, porque yo vivo un drama. El drama de la fe, la esperanza y la caridad, en este mundo temporal.

2. La segunda línea biográfica para llegar a su «desde dentro» es el descubrimiento que tuvo de la oración en soledad y de la concentración.

Un tema muy «biográfico» y, al tiempo, incitante es el de la soledad en una vida. Huérfano pronto de madre, en su juventud Karol pierde al padre también. Temor y soledad rodean a un joven en país ocupado. Trabajador por recurso de salvación momentánea. Largas horas de trabajo y

ruptura de los lazos de comunicación normales en tiempos de paz. En esa situación, que pudo ser límite, el nuevo descubrimiento de la plegaria, de la oración, del diálogo con Dios.

Porque el joven Karol redescubrió o maduró su oración mientras trabajaba en la Solvay de Cracovia. Esta maduración le pone en una órbita que no abandonará ya. Es un estado de conciencia contemplativo que se percibe incluso desde fuera y preside todos los actos de su vida. Es haber tenido contacto con «la otra dimensión» y haber logrado el realizar el consejo de San Pablo, «orad sin cesar». La oración continua no es evadirse a otro mundo, sino tener siempre presente a aquel que preside lo que estamos haciendo; es estar en contacto con el ámbito de lo divino de Dios. El mismo lo ha dicho con palabras exactas en una de sus poesías:

... viene luego el asombro y el silencio, el silencio sin palabras,  
que nada entiende, que nada juzga  
y en este silencio siento la inclinación de Dios...

O esta otra expresión de lo que es la experiencia contemplativa:

Lentamente me despojo del brillo de las palabras,  
conduzco los pensamientos, como las sombras en rebaño,  
lentamente todo lo lleno de nada, que espera el día de la creación.

Y más adelante:

No me basta el primer día de la creación,  
cada vez deseo una nada mayor,  
para someter mi corazón al hábito de tu amor.

La oración profunda, en total vacío, aprendida en gran parte en la mística española, le lleva a un inmenso amor de benevolencia, amor de padre que se manifiesta en su firmeza, junto con su ternura. Es importante subrayar que el elemento predominante en la personalidad de Karol Wojtyła es la dimensión religiosa, la voluntad de acercamiento y seguimiento de Dios. De ahí que, apoyado en el contexto que vemos al examinar otros aspectos de su vida, todo se decida religiosamente, en la cuestión de ultimidad, en la fe en un Dios personal que se dirige al hombre, a su intimidad para salvarlo.

Desde el punto de vista biográfico es necesario decir que Karol encontró —o fue encontrado— desde la soledad y hasta el aislamiento de los años de ocupación y guerra, el diálogo que va más allá de todo encuentro humano. Desde una fe heredada —no estamos ante el caso de conversión, como hemos visto— se produce en aquellos años una maduración que lleva al diálogo vivo con Dios, a registrar constantemente una presencia. Y de ahí su impulso de irradiación, su sentido de misión, su torrencial búsqueda de los hombres, sus hermanos, como se registra en sus años de joven sacerdote, de joven profesor, de obispo, de cardenal y de hoy.

Busca a los hombres desde su fe, desde su experiencia de Dios, y con-

vierte el papado en una inmensa misión permanente. La raíz está en aquellos años de Cracovia. Está en la gran decisión «más allá del teatro» que tomó el joven Karol y a la que ha sido fiel. Es una vocación clara, en una actitud de Iglesia clara, en donde las cosas se llaman por su nombre y la diafanidad de Dios se manifiesta en todas las mediaciones eclesiales y en las tradiciones de fe del pueblo. Este aspecto es de suma importancia y ofrece un caso quizá único dentro de la comunidad universal de creyentes en estos últimos decenios.

Karol Wojtyla es un caso de vocación sacerdotal de la Iglesia que, en la serenidad y desde la serenidad, proclama la Buena Nueva de salvación para los hombres en una dimensión distinta de la histórica pero que la envuelve protectoramente. Esa serenidad de la Iglesia en medio de circunstancias difíciles se debe a que es una Iglesia (y Karol sacerdote de ella) que ora. La Iglesia no puede tener serenidad y paz en medio de las tormentas de la historia más que orando y realizando con seriedad y fe su vida de misterio, su vida sacramental y apostólica. Podríamos recordar muchos hechos que muestran esta actitud de la Iglesia en Polonia. Junto con la oración hay otro aspecto en Karol. El cultivo de la dimensión intelectual que hace posible mediaciones y expresiones claras de la actitud profunda de la oración y contacto con lo absoluto.

3. Su formación intelectual comenzó con aquel afán de leer que ya hemos visto. Luego incide en el estudio a fondo y desde la experiencia de la mística de Teresa de Avila y Juan de la Cruz. Esto implica el estudio del idioma español. Aquí se cruzan dos tendencias que componen la unidad vital del joven sacerdote.

La gran dificultad que la experiencia religiosa tiene es la de ser formulada en palabras. La lucha por la palabra la ha sentido Karol Wojtyla de manera especial, como más de una vez ha expresado en sus escritos. Y aquí, en este punto, nos encontramos de nuevo con el teatro. La palabra del teatro va puesta en el coturno del gesto y de la presencia. Palabra sin presencia y sin expresión es media palabra. Por ello la palabra sacerdotal es presencia, testimonio, viaje y actitud. Desde las honduras de la experiencia de Juan de la Cruz, el poso vital y cultural de Karol encuentra caminos que van configurando su ser pastor, su ser sacerdote, su ser «actor de la presentación de Dios» para los hombres.

Juan de la Cruz es un místico de lo absoluto de manera absoluta, sin transigencia ni medianías. Es el todo o la nada, la absoluta noche para entrar en la absoluta luz. Esto fue captado por el joven estudiante de Roma de una manera radical. Lo que pasó en este diálogo sólo Dios lo sabe, pero sus efectos de irradiación los percibimos todos nosotros.

Hay un punto en la vida de Karol cuyo comienzo puede estar aquí durante su estudio de Juan de la Cruz, si es que no está antes, cuando, por primera vez, conoció la mística española, punto del que no tenemos casi noticias. Parece ser que en varias ocasiones quiso ingresar en la Orden carmelitana y hacerse monje contemplativo. También parece ser que fue la

prohibición de sus superiores lo que cerró la puerta a esta posibilidad. Es decir, lo hizo la obediencia a la Iglesia. Quede este punto ahí, sin comentario, pero nos deja un aspecto más atractivo y misterioso en esta vida llena de irradiación y de misterio.

Un segundo aspecto de su formación intelectual es su estudio de la fenomenología de Husserl y Scheler. Las influencias de este estudio, que ahora detallaremos, se perciben nada más leer un escrito de Karol Wojtyła. Pero veamos qué clase de encuentro fue. Le sugirieron, tras una temporada de coadjutor y de capellán en la parroquia de San Florián de Cracovia, que estudiase a Scheler, se doctorase y luego pasaría a profesor.

Scheler es un filósofo alemán muerto prematuramente en el año 1928 y que pertenece a la escuela fenomenológica. Compañero, por no decir discípulo, de Husserl, cosa que su sentido de la autoafirmación no aceptaba, fue un hombre de una vida apasionada, interesante y dramática. Lo fue todo: no creyente, convertido, protestante, católico. Pero era, como dice Edith Stein, que le conoció y asistió a sus conferencias, «el fenómeno mismo del genio». Su persona irradiaba genialidad, toque y experiencia con el absoluto. En una época positivista en filosofía alza la voz de la espiritualidad y de la vibración religiosa. Descubre para el campo de la filosofía palabras como misericordia, eternidad, trascendencia, amor, empatía y simpatía. Sus clases y sus conferencias —hubo una época que por su azarosa vida estuvo suspendido para dar clases y daba conferencias en los cafés y por la calle— arrebataban a una juventud que estaba sin voz convocante para el espíritu. Después de la primera guerra mundial sorprendió a Europa con un libro genial: *De lo eterno en el hombre*. Este libro comienza así:

Siempre que el hombre se siente removido y conmovido en el último fondo por cualquier cosa —sea el placer o el dolor—, no puede huir esa hora sin que el hombre levante sus ojos interiores espirituales a lo eterno y lo absoluto y lo anhele en voz alta o baja, o en la forma de un grito aunque sea inarticulado.

Está claro que esa situación límite a que Scheler se refiere es la guerra mundial. Podemos imaginar cómo leería Karol estas líneas. Encontraba en un filósofo cercano la palpitación de su experiencia. El había encontrado desde el fondo último de su ser en situación límite, la de la segunda guerra mundial, en forma de oración silenciosa y solitaria, lo eterno y lo absoluto.

Respecto a este punto de la vida de Karol Wojtyła también tenemos huecos. Sus escasos biógrafos no se ocupan de puntos que yo creo más importantes que las anécdotas. Tendremos que conocer con el tiempo toda la influencia fenomenológica sobre Karol Wojtyła. Por ejemplo, si conoció (seguramente lo conoció directa o indirectamente) a Ingarden, polaco discípulo de Husserl y Scheler y compañero de Edith Stein y de nuestro maestro Xavier Zubiri. La escuela fenomenológica, que tuvo su esplendor a principios de siglo en Gotinga y en Friburgo, fue una corriente de aire fresco en el pensar europeo. Fue una recuperación de la objetividad, del misterio de las cosas y de la salvación de la palabra verdadera. Abrió el

camino para formular de nuevo la fe en el lenguaje de la filosofía moderna. Todo ello fue recogido en esta vida que nos ocupa, en la que parece que todo confluye para ir perfilando ese gigantesco acontecimiento que hoy contemplamos entusiasmados, pero no extrañados; conmovidos, pero no sorprendidos, porque la vida de la Iglesia a lo largo de toda su historia nos tiene acostumbrados a dar hombres y mujeres verdaderamente transformados, deificados, que son el testimonio de nuestra esperanza. Podemos dar razón de nuestra esperanza a todo aquel que nos la pidiera.

4. En cuarto lugar, hemos de tener en cuenta otro hilo biográfico. Se trata de la actitud en medio de las circunstancias. «Yo soy yo y mi circunstancia», decía Ortega: la Polonia ocupada y la Polonia de la posguerra. Los momentos dramáticos de la ocupación ya los hemos indicado. Pero tanto en aquellos como en los posteriores se percibe una nota que es verdaderamente llamativa. Karol, como sacerdote (y después obispo, arzobispo y cardenal), se mueve en un plano que domina la circunstancia. Hay algo que lo pone no a la altura de la circunstancia, sino por encima de la circunstancia.

El secreto de este hecho llamativo es la raigambre polaca de fe y cultura. Por supuesto también, claro está, la fidelidad personal a esa raigambre. Tener raíces y ser fiel a ellas es el secreto de una biografía lograda. Hacen falta las dos cosas: raíces y fidelidad.

Aquí habría mucho que decir sobre lo que es la raíz polaca, su cultura, su fe, su vida de familia, sus campesinos, sus paisajes, y de manera especial tendríamos que hablar de esos polacos dispersos por todo el mundo —pero no de ahora, sino de siempre— que destacan con su poesía, con su música, con su genialidad. No puedo por menos de unir a esta evocación un recuerdo de adolescencia, la mía. En la historia de Europa, Polonia era siempre una lección difícil debido al constante reparto de su territorio, a su complicada situación fronteriza, a su inestabilidad política, que contrasta, cuando se la conoce, con su enorme estabilidad cultural y religiosa.

Cuando hoy el Papa Wojtyla cita tanto a Polonia —cosa que algunos latinos analfabetos critican— no es que caiga en un nacionalismo o provincianismo, es que hace referencia a unas raíces, que, como raíces, son válidas para todos. Y sobre todo, son una corriente de aire fresco para Roma, donde un hombre «venido de lejos» da ejemplo de franciscanismo dulce y tierno en la patria de San Francisco.

La actitud de Karol Wojtyla, como la del cardenal Wiszinski, como la de Glemp y tantos otros con respecto a las circunstancias políticas, son un ejemplo, por desgracia para nosotros muy lejano, de dignidad, de fe, de constancia del servicio de la Buena Nueva, porque está presidido por la independencia que sólo es alcanzable desde la experiencia religiosa profunda, que, aunque a algunos les asuste, es mística y contemplativa.

5. En quinto y último lugar hemos de seguir otro hilo para una posible biografía de Karol Wojtyla, y que consiste en las características psicológicas que forman su perfil y su intimidad, que irradia en contacto con

nosotros y que es lo que se pone en juego consciente o inconscientemente en sus viajes.

Siguiendo paso a paso las distintas etapas de su vida —en tanto en cuanto nos lo permiten los hechos que sabemos—, hay algo que aparece cada vez con más claridad. El equilibrio de las distintas fuerzas psicofísicas que determinan el ser y el comportamiento personal.

Atendamos a lo sustantivo, no a lo adjetivo. Me interesa subrayar en esta visión biográfica en esbozo un punto que aclara muchas llamadas «incógnitas» de esta persona. Desde niño Karol Wojtyła debe —y lo hace— llenar distintos vacíos de soledad. En el ambiente familiar en primer término; más tarde, al perder el ejercicio normal de la vida enraizada en su patria, en los medios de cultura que casi no había estrenado. También se encuentra con la soledad que proviene del hecho de que le sobrevienen responsabilidades, comenzando por ser dirigente, responsable, en edad muy juvenil. A medida que pasan los años estas responsabilidades aumentan y con ellas la soledad inherente.

Hay en nuestro biografiado una nota que se percibe hoy día también de una manera muy clara. El equilibrio entre su «ánima» y su *animus*. Este es un tema de psicología profunda al que se llega a través del análisis de sus gestos, palabras, aspecto físico y, de manera muy especial, estudiando la intencionalidad siempre latente y muchas veces patente de sus actos de hombre adulto.

Su capacidad para encontrar y seguir patrones de identificación denuncia su fuerte componente filial, que sabe reconocer la figura del padre, corporeizado en distintas personas que cubren diversos aspectos paternos. Su intimidad y gran capacidad receptiva para insertarse en el claustro maternal de la Iglesia, cuya imagen y símbolo de origen y de nacimiento es María, son fruto de su «ánima», pero de tal manera en equilibrio que no produce ni un pietismo ni una debilitación del mundo objetivo.

Esto da como resultado una figura responsable y enérgica de pastor que es padre o familiarmente llamado por los jóvenes y las jóvenes «el tío». El gran atractivo que desde muy pronto ejerce en los que le rodean y que hoy está multiplicado hasta el infinito, se debe a este equilibrio, que da como resultado una figura extraordinariamente masculina con el respaldo de una delicadeza y ternura femeninas. Es el equilibrio del *animus* y del *ánima*, o del Ying y el Yang de los orientales.

De ahí, por fin, una consecuencia que habrá de tener en su ministerio episcopal y pontifical gran alcance. El siente como misión ineludible el restaurar en la Iglesia la vigencia, hoy deteriorada, de la figura del Padre. El Padre tiene hoy una vigencia debilitada incluso entre los cristianos, los pastores y hasta entre los que debieran ser patriarcas. Analizar el proceso nos llevaría demasiado lejos, pero el hecho es indiscutible.

En lo que respecta al punto de partida de la fe, registramos que se ha debilitado el Credo en el Padre, y, en lo que se refiere a la búsqueda de patrones de identificación, lo paterno se resiente, y los padres en las

familias no están en su sitio, ni los pastores en las comunidades, en el suyo. Si, como vulgarmente se dice, en tantos aspectos de la vida hay un cierto «desmadre», esto se debe a que lo que hay, sobre todo, es un «despadre». Vivimos una sociedad enferma y huérfana que no cree en el padre, ni siente la presencia del Padre. Desde las raíces biográficas que he intentado rastrear en Karol Wojtyla se ve cómo la gran misión en la que ha desembocado esta vida, y que ha coincidido con la coyuntura existencial que le ha tocado, es la de recobrar la figura paterna, y esto produce forzosamente una crisis y hasta una alarma, incluso en «las mejores familias», que no se han dado cuenta todavía de sus aspectos culpables.

La contrafigura de esta actitud de abandono está en el eco entusiasta que despierta esta vida, y que es un aviso para los inconscientes individuales y colectivos. El clamor de multitud del hoy pontífice es el grito de nostalgia por un padre perdido, por una referencia firme y segura para orientar nuestra vida.

Hay tanto misterio en una ovación a Juan Pablo II que no puede ser empatizada plenamente más que desde el misterio de su vida. Misterio de Dios y fidelidad del hombre.

Un hombre que llega y pasa la mitad de su vida, que se enfrenta con su otoño, su madurez y con el atardecer vital en el que tantos misterios de eternidad hay. Y que él mismo nos cuenta en una confidencia como ningún hombre que ha ocupado los puestos que él ocupa hizo jamás. El nos habla en verso de su madurez y nos invita a que nosotros hagamos poesía de «amigos de Dios» deificando, transfigurando nuestro otoño. Por último, uno de sus grandes sacrificios: la Palabra. El sacrificio de su nombre. Es Juan Pablo II por cortesía y cariño al Papa que le precedió, en lugar de haber sido Estanislao I, como desde las raíces de su patria habría podido ser.

Pero aún hay otro sacrificio. El tiene que hablar siempre, o casi siempre, en lengua no materna, y por ello sufre, y no lo puede hacer a «tumba abierta» como se habla en el lenguaje materno. Misterio de la palabra, del silencio y de la palabra adquirida en amor por el otro. Porque Karol Wojtyla es un gran escritor, es un gran hablante en su idioma. Oírle en otras lenguas requiere que se ponga, con amor de oyente, lo que el hablante deja en margen de adivinación. Sus grandes cualidades de actor nos las volvemos a encontrar aquí. El salva la distancia con la presencia y la figura. Para mí no es sólo el hombre venido de lejos, venido del frío. Es el hombre venido del silencio en la lucha por la Palabra. Es el gesto y la actitud, es el drama que se ensaya y se aprende en la soledad sonora, en la música callada.

Es... Karol Wojtyla, que, como todo hombre, es una soledad. *Ultima solitudo* ante Dios.

C. C. C.\*

\* Catedrático.